

lentamente por entre los intercolumnios de la nave, parecía la campana de un reloj anunciando la última hora de la víctima.

Las puertas de Nuestra Señora permanecieron abiertas, dejando ver la iglesia vacía, triste y enlutada, sin cirios y sin voz.

La sentenciada estaba inmóvil en su sitio esperando que dispusiesen de ella, y fué preciso que uno de los maceros avisase á maese Charmolne, que durante esta escena estaba estudiando el bajo-relieve de la portada principal que representa el sacrificio de Abraham, según unos, y según otros, la operación filosófica, representando el ángel al sol, el haz de leña el fuego y Abraham el artesano.

Con dificultad le separaron de su estudio, pero al fin lo consiguieron; volvióse é hizo señal á dos hombres vestidos de amarillo, los criados del verdugo, que se aproximaron á la gitana y la ataron las manos.

La desventurada jóven, en el momento de volver á subir el fatal carreton y de encaminarse á su última estación, sintióse acometida tal vez del amargo dolor de perder la vida. Levantó los ojos hácia el cielo, hácia el sol, hácia las nubes de plata, recortadas aquí y allá en trapecios y triángulos azules; luego tendió la vista al suelo, sobre la gente y sobre las casas. De repente, mientras el hombre amarillo le ataba los codos, lanzó la infeliz un grito terrible, un grito de alegría. En un balcon, á lo lejos, en un ángulo de la plaza, acababa de ver á su amado, á su señor, á Febo! El juez la engañó, el sacerdote la había mentido; era él, no podía dudarle; allí estaba hermoso, vivo, con su brillante uniforme, con la pluma en la cabeza y la espada en la cintura.

—Febo! gritó, Febo mio!

Quiso tender hácia él sus amantes brazos, sin pensar la infeliz en que los tenía atados: vió que el capitán arrugaba el entrecejo á una hermosa jóven que se apoyaba en él y que le miraba con ojos irritados y con labios desdefiosos; Febo pronunció en seguida algunas palabras, que ella no pudo oír, y ambos desaparecieron precipitadamente detrás de las vidrieras del balcon, que se cerró.

—Febo, ¿es posible que tú también lo creas?...

Acababa de acometerla un pensamiento monstruoso al acordarse de que la condenaron por el asesinato del capi-

tan Febo de Chateaupers; todo lo había resistido hasta entonces, pero este último golpe era demasiado violento y la infeliz cayó exánime sobre el empedrado.

—Vamos, transportadla al carreton y concluyamos, dijo maese Jaime Charmolne.

Nadie se había fijado en que en la galería de las estatuas de los reyes, esculpida encima de las ojivas de la portada, había un espectador que examinaba cuanto había sucedido, con tal impasibilidad, con el cuello tan tendido, con el rostro tan deforme, que á no ser por el traje, mitad rojo y mitad morado, se le hubiera podido tomar por uno de aquellos monstruos de piedra, por cuyas abiertas fauces desaguan hace seiscientos años las largas canales de la Catedral. Nada pasó desapercibido para aquel espectador de cuanto había pasado desde las doce delante de la portada de Nuestra Señora. Desde los primeros momentos, sin que ninguno le observara, ató fuertemente á una de las columnitas de la galería una récia maroma con nudos, cuyo cabo caía hasta la escalinata exterior del edificio. Hecho esto, se puso á mirar tranquilamente y á silbar cuando pasaba por delante de él algun mirlo.

De repente, en el instante en que los criados del verdugo se preparaban á ejecutar la flemática orden de Charmolne, saltó la balaustrada de la galería dicho espectador; asióse á la cuerda con los piés, con las rodillas y con las manos, y se escurrió á lo largo de la fachada como una gota de lluvia que se desliza por una vidriera; corrió hácia los dos criados del verdugo con la celeridad del gato que cae de un tejado; los derribó al suelo con la enorme fuerza de sus puños; levantó del suelo á la gitana con una mano, como quien coge una muñeca, y volvió de un salto hasta la Catedral, alzando á la jóven por encima de la cabeza y gritando con voz formidable:—*Asilo!*

Pasó todo esto con tal rapidez, que si hubiese sido de noche se hubiera podido ver todo á la luz de un solo relámpago.

—Asilo! asilo! gritó la muchedumbre, y diez mil palmoteos hicieron centellear de alegría y de orgullo el ojo único de Quasimodo.

Este sacudimiento hizo que la sentenciada volviese en sí. Abrió los párpados y vió á Quasimodo; luego volvió á cerrarlos de repente, como asustada de su libertador.

Charmolne quedó atónito, así como

los verdugos y toda la escolta; porque en efecto, en el recinto de Nuestra Señora la sentenciada era inviolable; la Catedral era un sitio de refugio y la justicia humana espiraba en sus umbrales.

Paróse Quasimodo bajo la portada principal: sus anchos piés se apoyaban con tanta solidez sobre el pavimento de la iglesia como los fuertes pilares bizantinos; su enorme cabeza crespada se hundía entre los hombros, como la de los leones, que como él tienen melena, pero carecen de cuello. Sostenía á la jóven palpitante, suspendida de sus manos callosas como una colgadura blanca; pero la llevaba con tanta precaución como si temiese romperla ó marchitarla; comprendía que era cosa delicada, exquisita, preciosa, creada para otras manos que no fuesen las suyas, y no osaba tocarla, ni con su aliento. Despues, de pronto, la apretaba estrechamente en sus brazos contra su pecho anguloso, como si fuese su bien, su tesoro, como lo hubiera hecho la madre de la jóven; su ojo de gnomo, inclinado hácia ella, la inundaba de ternura, de dolor y de compasión, y lo levantaba súbitamente lleno de relámpagos; entonces las mujeres lloraban y reían, la muchedumbre hervía en entusiasmo, porque en esos momentos adquiría Quasimodo su belleza particular. Aquel huérfano, aquel expósito, aquella escoria, sentíase augusto y fuerte y miraba de frente á aquella sociedad, á aquella sociedad que le desterraba de su seno y en la que intervenía tan poderosamente la justicia humana, á la que acababa de arrancar la presa; miraba cara á cara á todos aquellos tigres obligados á mascar en el vacío, á aquellos esbirros, á aquellos jueces, á aquellos verdugos y á toda aquella fuerza del rey, que él acababa de quebrantar con la fuerza de Dios.

Además, era espectáculo verdaderamente patético el que producía aquella protección con que amparaba un sér deforme á un sér desgraciado, una mujer condenada á muerte salvada por Quasimodo. Eran las dos miserias extremas: la de la naturaleza y la de la sociedad, que se tocaban y que se protegían mutuamente.

Despues de gozar algunos momentos de su triunfo, Quasimodo se internó bruscamente en la iglesia con su preciosa carga. El pueblo, al que las proezas entusiasman, le buscaba con la vista por debajo de la oscura nave, lamentando que se hubiera sustraído tan pronto

á sus aclamaciones. De repente se le vió reaparecer en una de las extremidades de la galería de los reyes de Francia; la atravesó corriendo como un insensato, levantando con los brazos su conquista y gritando:—*Asilo!*

El gentío prorumpió otra vez en aplausos. Despues de recorrer la galería volvió á internarse en la iglesia. Un momento despues se le vió en la plataforma superior, llevando siempre á la gitana, corriendo con locura y gritando:—*Asilo!*

Hizo, por fin, una tercera aparición sobre la cima de la campana mayor, desde donde mostraba con orgullo á todo Paris la víctima que acababa de salvar, y su voz tonante, aquella voz que se oía rara vez, repitió tres veces con frenesí:

—Asilo! asilo! asilo!

—Bien, bien, bravo! gritaba el público; y esta inmensa aclamación llenaba de asombro á la multitud de la otra orilla del río, á la turba de la plaza de la Grève y á la reclusa, que estaba esperando la ejecución con los ojos fijos en la horca.

LIBRO NOVENO

I.

Fiebre.

No estaba ya en la Catedral Claudio Frollo cuando su hijo adoptivo corrió tan bruscamente la red fatal en la que el desgraciado arcediano había cogido á la gitana y se había prendido él mismo. Cuando entró en la sacristía se arrancó el alba, la capa pluvial y la estola, tirándose las al bedel, estupefacto, y se escapó por la puerta secreta del claustro: mandó á un barquero que le trasladase á la orilla izquierda del Sena y se internó en las tortuosas calles de la Universidad, sin saber dónde ir, encontrando á cada paso grupos de hombres y de mujeres que iban de prisa y alegres hácia el puente de San Miguel, con la esperanza de llegar á tiempo de ver ahorcar á la gitana; el arcediano andaba apresuradamente por las calles, lívido, ciego y más sombrío y más atolondrado que una ave nocturna perseguida en la mitad del día por una turba de muchachos. Ni sabía dónde estaba, ni si soñaba ó estaba despierto; andaba,

volvía, corría, tomando cualquier calle por casualidad, sin elegir, pero huyendo siempre de la plaza de la Grève, que sentía confusamente detrás de él.

Pasó así la montaña de Santa Geneveva y salió al fin de la Ciudad por la puerta de San Víctor. Continuó, sin embargo, huyendo mientras alcanzó á ver al volverse el recinto de las torres de la Universidad y los escasos edificios del arrabal; pero cuando una montuosidad del terreno le ocultó enteramente el odioso Paris, cuando se creyó á cien leguas de él y en los campos y en un desierto, se paró, pareciéndole que entonces empezaba á respirar.

Entonces se agolparon á su espíritu ideas horrorosas: vió entonces con claridad el fondo de su alma y se estremeció. Pensó en la desgraciada jóven que él había perdido, perdiéndose también con ella; recorrió con mirada feroz el doble camino tortuoso que la fatalidad hizo seguir á sus dos destinos, hasta el punto de interseccion en que ella los estremó despiadadamente el uno contra el otro. Pensó en la locura de los votos eternos, en la vanidad de la castidad, de la ciencia, de la religion, de la virtud, en la inutilidad de Dios. Se abandonó con deleite á los malos pensamientos, y á medida que se hundía más en ellos, sentía resonar dentro de sí mismo la risa de Satanás.

Profundizando su alma, vió que ancho sitio había preparado en ella la naturaleza para las pasiones, y se sonrió más amargamente todavía. Removió en el fondo de su corazon todo su ódio y toda su maldad, y reconoció, con la fria mirada del médico que inspecciona al enfermo, que aquel ódio y aquella maldad los constituía el amor viciado; que el amor, fuente de todas las virtudes en el corazon del hombre, se convertía en cosa horrible en el corazon del sacerdote, se hacia demonio. Rióse espantosamente y de pronto tornóse pálido al considerar el lado siniestro de su fatal pasion, aquel amor corrosivo, venenoso é implacable, que conducía á ella á la horca y á él al infierno.

Después le volvió á acometer la risa al pensar que Febo vivía, que después de todo estaba alegre y contento, llevaba más lindo uniforme que nunca, y tenía otra querida que llevaba á ver ahorcar á la anterior. Su risa se aumentó al reflexionar que, de los seres vivos cuya muerte deseara, la gitana era la única

criatura á la que no aborrecía y era también la única que había muerto.

Su pensamiento pasó del capitán al pueblo, y ardió en celos de una clase inaudita; pensó que el público, todo el público había tenido ante sus ojos en camisa, casi desnuda, á la mujer que él adoraba. Se retorció los brazos pensando que aquella mujer, cuyas formas él solo vislumbraba en la oscuridad, hubiera sido para él la suprema dicha, se había visto abandonada en pleno día á todo un pueblo, vestida como para una noche de deleite. Lloró de rabia al considerar todos aquellos misterios del amor desnudos, profanados y deshonrados para siempre. Lloró de rabia al figurarse la multitud de miradas inmundas que se habían saciado en aquella camisa mal prendida, y al reflexionar que aquella hermosa jóven, aquel lirio virgen, aquella copa de pudor y de delicias, á la que sólo se hubiera atrevido á acercar los labios temblando, acababa de transformarse en una especie de barreño público, en el que la hez del populacho de Paris, los mendigos y los ladrones, habían acudido á beber todos juntos un placer inmundo, estragado é infame.

Cuando trataba de formarse la idea de la dicha que hubiera podido gozar en el mundo si ella no hubiese nacido gitana y él no hubiera sido sacerdote, si Febo no hubiera existido, ó si ella no le hubiese amado; cuando pensaba que pudiera haber gozado una existencia serena en el seno del amor, como la disfrutaban en aquellos momentos en todas las latitudes del mundo parejas felices, abandonadas á largas pláticas bajo los naranjos, á las márgenes de los arroyos, á la vista de un sol poniente ó de una noche estrellada, su corazon se fundía en ternura y se encolerizaba de desesperacion.

Oh! ella! Ser de ella! Esta idea fija, que se renovaba sin cesar, le despedazaba, le mordía el cerebro y le desgarraba las entrañas. Ni le pesaba, ni se arrepentía de lo que había hecho, pues se encontraba con bríos para repetirlo; prefería verla en manos del verdugo á verla en los brazos del capitán; pero sufría tanto, que algunas veces se arrancaba puñados de cabellos para ver si encaneían.

Hubo un momento en que le ocurrió que quizás en aquel mismo instante la horrorosa cadena que vió por la mañana, acaso apretaba su nudo de hierro alre-

dedor del cuello delicado y blando de Esmeralda. Este pensamiento le hizo brotar sudor por todos los poros.

Hubo otro momento en el que, riéndose diabólicamente de sí mismo, se le representó Esmeralda como la vió el primer día, viva, indiferente, gozosa, ataviada y aérea, y se le presentó á la par la Esmeralda del último día, en camisa, con la cuerda al cuello, subiéndose con lentitud con los pies descalzos la escalera angulosa del patíbulo. Con tan vivos colores vió representarse su imaginacion este doble cuadro, que le hizo lanzar un grito terrible.

Mientras este huracan de desesperacion le trastornaba y enloquecía, miró la naturaleza que le rodeaba. A sus pies algunas gallinas picoteaban en la yerba; escarabajos esmaltados corrían hácia el sol; encima de su cabeza algunos grupos de nubes grises se deslizaban por un cielo azul; en el horizonte la aguja de la abadía de San Víctor se erguía sobre la curva pendiente de su obelisco de pizarra, y el molinero de la colina Coppeaux miraba silbando girar las aspas trabajadoras de su molino. La vida activa, organizada y serena, reproducida á su alrededor bajo mil formas, le hacia daño, y huyó otra vez.

Huyó corriendo por los campos hasta la caída de la tarde. Esta huida de la naturaleza, de la vida, de sí mismo, del hombre, de Dios y de todo, le duró un día entero. Algunas veces se tiraba al suelo boca abajo y arrancaba con las uñas verdes trigos; algunas veces se paraba en la calle de una aldea desierta, y sus pensamientos eran tan insostenibles, que se agarraba la cabeza con las dos manos y quería arrancársela de los hombros para hacerla pedazos contra las piedras.

Al ponerse el sol se examinó á sí mismo y vió que casi estaba loco. La tempestad, que duraba en él desde el instante en que perdió la esperanza y la voluntad de salvar á la gitana, no dejó en su conciencia ni una sola idea sana, ni un solo pensamiento recto. Su razon yacía postrada, casi destruida. No quedaban ya en su mente más que dos imágenes distintas: la Esmeralda y la horca; todo lo demás estaba oscuro en ella. Aquellas dos imágenes reunidas le representaban un grupo espantoso, y cuanto más fijaba en ese grupo la escasa atencion de que era capaz, más las veía crecer en progresion fantasmagórica: á la una en gracia, en luz, en her-

mosura, y á la otra en horror; de modo que al fin Esmeralda se le aparecía como una estrella y la horca como un enorme brazo descarnado.

Era cosa chocante que durante toda esa horrible tortura no pensase seriamente en morir. El arcediano era así; amaba la vida, porque acaso detrás de ella veía realmente el infierno.

Entre tanto el día continuaba declinando. El sér viviente que existía aun en él pensó confusamente en la vuelta. Creíase lejos de Paris, pero al orientarse vió que solo dió una vuelta al recinto de la Universidad. La flecha de San Sulpicio y las tres elevadas agujas de Saint-Germain-des-Prés sobresalian á su derecha, en el horizonte, y Claudio Frollo se dirigió hácia dicha parte. Cuando oyó el *quién vive!* de los hombres de armas del abad en la almenada circunvalacion de San German, torció el camino, tomó un sendero que se le presentó entre el molino de la Abadía y el hospital del villorio, y al cabo de algunos instantes se halló á la entrada del Pré-aux-clercs (Prado de los clérigos). Este prado era célebre por los desórdenes que en él se prolongaban día y noche, lo que le constituía en verdadera hidra de los monjes de San German: *quod monachis Sancti Germani pratensis hydra fuit clericis nova semper dissidionum capita suscitantibus*. El arcediano temió encontrar gente allí, y le causaba miedo cualquier semblante humano; evitó la Universidad y la aldea de San German, no queriendo entrar por las calles hasta lo más tarde posible. Siguió, pues, el Pré-aux-clercs, tomó el sendero desierto que le separaba de Dieu-Neuf y llegó al fin á la orilla del rio. Allí Dom Claudio encontró un barquero que por pocos dineros parisíes le hizo subir la corriente del Sena hasta la punta de la Cité, y le dejó en aquella lengua de tierra abandonada, en la que los lectores ya vieron soñar á Gringoire, y que se prolongaba más allá de los jardines del rey, paralelamente á la isla del Vaquero.

El movimiento del barco y el ruido del agua habían amodorrado á Claudio Frollo. Al alejarse el barquero permaneció estúpidamente en pié sobre la playa, mirando delante de él y solo percibiendo los objetos al través de extrañas oscilaciones, que se los convertían en una especie de fantasmagoría. No es raro que la fatiga de un gran dolor produzca este efecto en el espíritu.

El sol se puso por detrás de la alta

torre de Nesle. Eran los instantes del crepúsculo. El cielo estaba blanco y el agua del río también; entre estas dos blancuras, la orilla izquierda del Sena, en la que Claudio tenía clavada la vista, hacia resaltar su lóbrega superficie y, disminuida progresivamente por la perspectiva, se perdía en las nieblas del horizonte como una flecha negra.

Estaba llena de casas, de las que no se distinguía más que la oscura silueta trazada con fuerza sobre el fondo claro del cielo y del agua. Aquí y allá comenzaban á chispear las ventanas como agujeros de brasa. Aquel inmenso obelisco negro, aislado así entre las dos masas blancas del cielo y del río, muy ancho en aquel sitio, produjo en el arcediano un efecto parecido al que experimentaría el hombre que, tendido de espaldas al pié del campanario de Strasburgo, mirase la enorme aguja hundirse sobre su cabeza en la penumbra del crepúsculo; solo que en este caso Dom Claudio estaba en pié y el obelisco volcado; pero como el río, reflejando el cielo, prolongaba el abismo debajo de él, el inmenso promontorio parecía tan audazmente levantado en el vacío como cualquiera aguja de catedral, y la impresión era la misma. Aun aquella impresión tenía de singular que lo que se veía sí que era el campanario de Strasburgo, pero dicho campanario de dos leguas de altura, cosa inaudita, gigantesca, inconmensurable, edificio como ningún ojo humano lo vió jamás, otra torre de Babel. Las chimeneas de las casas, las almenas de las murallas, las talladas puntas de los techos, la aguja de los Agustinos, la torre de Nesle, todos aquellos ángulos salientes que mellaban el perfil del colosal obelisco, aumentaban la ilusión, representando caprichosamente á la vista las líneas de una escultura rica y fantástica.

Claudio, en el estado de alucinación en que se encontraba, creyó ver por sus propios ojos el campanario del infierno; las mil luces esparcidas sobre la altura de la espantosa torre, le parecieron otras tantas puertas del inmenso horno interior; las voces y los rumores que se escapaban de ella otros tantos gritos de júbilo ó de agonía. Tuvo miedo y se tapó con las manos los oídos para no oír; volvió la espalda para no ver y se alejó precipitadamente de la espantosa visión.

Pero la visión estaba dentro de él.

Cuando entró en las calles, los transeúntes que se codeaban al resplandor

del alumbrado de las tiendas le hacían el efecto de espectros que iban y venían á su alrededor. Extraños sonidos zumbaban en sus oídos y singulares vértigos turbaban su cabeza. No veía las casas, ni el empedrado, ni los carros, ni los hombres, ni las mujeres, sino un caos de objetos indeterminados, en el que se fundían por los bordes unos en otros. En la esquina de la calle de la Barillerie había una tienda de especiero, cuyo cobertizo estaba, según costumbre inmemorial, guarnecido en su circunferencia de aros de hoja de lata, de la que pendía un círculo de velas de madera, que se chocaban al impulso del viento como castañuelas. Al oírlo creyó que escuchaba crujir en la sombra la multitud de los esqueletos de Montfaucon.

—Oh! exclamó; ¡el viento de la noche arroja los unos contra los otros y mezcla el ruido de sus cadenas con el ruido de sus huesos! ¡Ella está acaso ahí entre ellos!

Asustado no sabía por dónde iba; después de andar un rato se encontró en el puente de San Miguel. Vió una luz en una ventana de una casa baja y se acercó á ella. Al través de una vidriera rota vió una sala inmunda, que despertó en su espíritu un recuerdo confuso. En aquella sala, mal alumbrada por una lámpara súa, se encontraba un joven rubio y bien carado, que abrazaba riendo á una joven descaradamente vestida. Cerca de la lámpara una vieja hilaba y cantaba al mismo tiempo con voz cascada. Como el joven no reía siempre, la canción de la vieja llegaba á pedazos hasta los oídos del sacerdote. Era una canción ininteligible y atroz. La vieja era la Falourd, la moza una prostituta y el joven su hermano Juan.

Dom Claudio siguió mirando; tanto valía aquel espectáculo como cualquier otro. Vió que Juan se acercó á una ventana y la abrió, se puso á mirar hacia el muelle, en el que ya brillaban las ventanas alumbradas, y le oyó decir, cerrando la ventana:

—Ya es de noche; los vecinos encienden las velas y Dios las estrellas.

Después volvió adonde estaba la mujerzuela y rompió una botella que había sobre una mesa, gritando:

—Ya está vacía, vive Dios! ¡y yo no tengo dinero! Reniego de Júpiter, Isabel mía, si no cambia tus pechos blancos en dos botellas negras, en las que pueda tomar vino de Beaune noche y día.

Esta chanzoneta hizo reír á la mujer pública y Juan salió.

Dom Claudio solo tuvo tiempo para echarse al suelo, temiendo que su hermano le viese y le conociera; afortunadamente la calle estaba oscura y el estudiante embriagado; sin embargo, vió al arcediano tendido en tierra, pero no le conoció.

—Hé aquí uno que debe haber pasado el día alegremente, dijo meneando con el pié á Dom Claudio, que contenía la respiración.

—Se conoce que está lleno de vino y que es una verdadera sanguijuela caída de un tonel. Está calvo y es un viejo; *Fortunata senex!*

Dom Claudio le oyó que se alejaba en seguida diciendo:

—Es igual; la razón es una gran cosa, y mi hermano el arcediano hace muy bien de tener juicio y... dinero.

Levantóse del suelo el arcediano y corrió sin detenerse hasta Nuestra Señora, cuyas altas torres veía surgir en la oscuridad por encima de las casas.

Cuando llegó jadeando á la plaza del Atrio, retrocedió y no se atrevió á levantar los ojos hacia el funesto edificio.

—¡Oh, dijo en voz baja, es posible que haya pasado aquí semejante cosa hoy, esta mañana!...

Decidióse, por fin, á mirar la iglesia. La fachada estaba sombría; detrás de ella resplandecían en el cielo millares de estrellas. La luna en creciente, que acababa de alzarse en el horizonte, estaba detenida en aquel momento en el remate de la torre de la derecha y parecía que se posaba como un ave luminosa al borde de la balaustrada.

Estaba cerrada la puerta del claustro, pero el arcediano llevaba siempre la llave de la torre en donde tenía el laboratorio, y se aprovechó de ella para entrar en la iglesia. Entró y le pareció que reinaban en ella la oscuridad y el silencio de una caverna. En las grandes sombras, que caían de todas partes en anchas masas, reconoció que todavía no habían quitado las colgaduras negras de la ceremonia de la mañana. La gran cruz de plata brillaba en el fondo de las tinieblas salpicada de algunos puntos brillantes, como la vía láctea de aquella noche sepulcral. Las largas ventanas del coro mostraban por encima de las colgaduras negras la extremidad superior de sus ojivas, cuyos cristales, atravesados por un rayo de luna, solo reflejaban los colores confusos de la noche, el

violado, el blanco y el azul, cuyas tintas solo se ven en los rostros de los muertos. El arcediano, al ver alrededor del coro las descoloridas puntas de las ojivas, creyó ver mitras de obispos condenados; cerró los ojos, y cuando los volvió á abrir, creyó ver delante de él un círculo de rostros pálidos que le miraban.

Entonces echó á huir atravesando la iglesia, y le pareció que ésta se movía, que se agitaba, que vivía, que cada macizo pilar de ella se convertía en una pata colosal que golpeaba el pavimento con su ancha base de piedra, y que la gigantesca Catedral era una especie de elefante prodigioso, que respiraba y que andaba, teniendo por piés los pilares, las dos torres por trompas y la inmensa colgadura negra por caparazón.

La fiebre ó la locura se desarrollaron en tal grado de intensidad en el arcediano, que el mundo exterior había llegado á ser para él una especie de Apocalipsis visible, palpable, espantoso.

Al internarse en los claustros laterales vió, detrás de un grupo de pilares, un resplandor rojizo y corrió hacia él. Dimanaba dicho resplandor de la lámpara que alumbraba noche y día el breviario público de Nuestra Señora bajo su enrejado de hierro. Se acercó con ansiedad al libro santo con la esperanza de encontrar en él algún consuelo ó alguna confortación. El libro estaba abierto por el pasaje de Job, y los ojos del arcediano leyeron:

“Y pasando un espíritu por delante de mis ojos, el pelo de mi carne se erizó.”

Esta lectura causó en él el efecto que produce en un ciego que se punza con el palo que eligió para apoyarse: le flaquearon las rodillas y se dejó caer sobre las losas, pensando en la que había muerto aquella mañana. Sintió pasar y dilatarse en su cerebro tantos vapores monstruosos, que le pareció que su cabeza se había convertido en una de las chimeneas del infierno.

Largo rato pasó en esta actitud, sin pensar en nada, abismado y rendido bajo el poder del demonio. Al fin recobró algo las fuerzas cuando pensó en ir á refugiarse en la torre cerca de su fiel Quasimodo. Se levantó y, como tenía miedo, tomó para alumbrarse la lámpara del breviario. Esto era un sacrilegio, pero no estaba el desdichado en el caso de fijarse en ello.

Subió con lentitud la escalera de las torres, con el secreto espanto de que pudiera llegar la misteriosa luz de la lám-

para hasta los escasos transeuntes de la plaza del Atrio, ascendiendo tan tarde de tronera en tronera hasta lo alto del campanario.

De pronto sintió que le daba en el rostro el aire fresco y se encontró en la puerta de la galería más alta. El aire era frío; el cielo arrastraba grandes nubes, cuyas anchas masas pasaban unas por encima de las otras, aplastándose en los ángulos y figurando el deshielo de un río en invierno. La luna, suspensa en medio de las nubes, parecía un navío celeste encallado entre los hielos del aire. Inclino la vista y contempló un instante por entre el enrejado de columnitas de una de las dos torres, y á través de una gasa de nieblas y de humo, la multitud silenciosa de los tejados de París, puntiagudos, apiñados é innumerables, como las olas de un mar tranquilo en una noche de verano.

La luna despedía débiles rayos, que daban al cielo y á la tierra color ceniciento. En aquel instante se oyó la voz aguda y cascada del reloj que daba las doce. El clérigo pensó en las doce del día y creyó que volvía aquella hora terrible.

—Oh! murmuró con voz casi imperceptible; ahora ya estará fría!

De repente le apagó la lámpara una bocanada de viento y casi al mismo tiempo vió aparecer, en el ángulo opuesto de la torre, una sombra, una cosa blanca, una forma, una mujer. Se estremeció. Al lado de aquella mujer iba una cabra, que mezclaba sus balidos á las últimas campanadas del reloj. La miró; era ella! Estaba pálida y sombría; caían sus cabellos por la espalda, como por la mañana, pero no llevaba cuerda al cuello ni tenía las manos atadas. Era libre, pero estaba muerta. Iba vestida de blanco y llevaba un velo blanco á la cabeza. Dirigiase hácia él con lentitud y mirando al cielo; la cabra sobrenatural la seguía. El arcediano se creyó convertido en piedra y que por lo tanto le era imposible huir; sin embargo, á cada paso que ella daba hácia adelante, él daba uno hácia atrás; esto es todo lo más que podia hacer, y de este modo llegó hasta la oscura bóveda de la escalera. Le asustaba la idea de que ella acaso iba también á entrar allí; si entrara, el infeliz moriría de terror. Llegó, en efecto, delante de la puerta de la escalera, pero se detuvo algunos instantes; miró fijamente en la oscuridad, pero sin ver al sacerdote sin duda, y

pasó adelante. Le pareció al arcediano más alta que cuando vivía; vió la luna al través de su blanco velo, y oyó la respiración de la gitana...

Cuando ésta pasó, Dom Claudio bajó la escalera con la misma lentitud que había observado en el espectro; creyóse espectro él también, y delirante, con el pelo erizado, con la lámpara apagada, al bajar por las gradas de espiral oía con claridad una voz burlona que repetía en su oídos: "Y pasando un espíritu por delante de mí, los pelos de mi carne se erizaron."

II.

Jorobado, tuerto, cojo.

Todas las ciudades de la Edad Media y hasta Luis XII, toda ciudad de Francia tenía sus lugares de asilo. Estos lugares de asilo eran una especie de islas que estaban por encima del nivel de la justicia humana, en medio del diluvio de leyes penales y de jurisdicciones bárbaras que inundaban las poblaciones. Se salvaba todo criminal que abordaba á uno de esos lugares; había en cada distrito tantos de éstos como patibulos. Era el abuso de la impunidad al lado del abuso de los suplicios, dos cosas malas que trataban de corregirse la una con la otra. El palacio de los reyes y de los príncipes, y las iglesias sobre todo, gozaban del derecho de asilo. Algunas veces también se concedía este derecho temporalmente á una ciudad entera, cuando había necesidad de repoblarla: Luis XI hizo en 1467 á París lugar de asilo.

En cuanto un reo metía el pié en un lugar de asilo, era sagrado, pero era preciso que se guardase bien de salir de allí; si daba un paso fuera de dicho santuario, ya no quedaba impune. La rueda, la horca y la tortura hacían centinela en derredor del sitio de refugio y espían sin cesar su presa, como los tiburones alrededor del buque. Muchos reos encanecían así en un claustro, en la escalera de un palacio, en el jardín de una abadía ó en el pórtico de una iglesia; de modo que, en este caso, el asilo era una prisión como otra cualquiera. Aconteció alguna vez que un decreto solemne del Parlamento violaba el asilo y restituía el reo al verdugo, pero esto sucedía pocas veces. Los Parlamentos se incomodaban alguna vez con los obispos, y cuando estos dos trajes se chocaban, la

toga siempre perdía en su refriega con la sotana. Otras veces, sin embargo, como en la causa de los asesinos de Petit-Jean, verdugo de París, y en la de Emery Rousseau, asesino de Juan Valleret, saltaba la justicia por encima de la Iglesia y seguía adelante con la ejecución de sus sentencias; pero á no ser por medio de decreto del Parlamento, ¡desgraciado del que violase el lugar de asilo! Sabido es cómo murieron Roberto de Clermont, mariscal de Francia, y Juan de Chalons, mariscal de Champagne, y eso que solo se trataba de Perrin Mare, mancebo de un cambista y miserable asesino; pero los dos mariscales echaron abajo las puertas de Saint-Mery, y eso era una enormidad.

Tal respeto inspiraban estos refugios, que, según refiere la tradición, se lo infundía hasta á los animales. Aymoin cuenta que un ciervo, perseguido por Dagoberto, se refugió cerca del sepulcro de San Dionisio, y la jauría se quedó parada y ladrando.

Las iglesias tenían ordinariamente preparada una celda para los suplicantes. En 1407, Nicolás Hamel hizo construir para ellos, sobre las bóvedas, en Saint-Jacques de la Boucherie, una estancia que le costó cuatro libras, seis sueldos y seis dineros parisies.

El lugar de asilo de Nuestra Señora era una celdilla establecida sobre los techos de las galerías, bajo los botareles, enfrente del claustro; precisamente en el sitio donde se ha arreglado para su recreo la mujer del actual conserje de las torres un jardinillo, que es á los pensiles de Babilonia lo que es una lechuga al lado de una palmera y una portera comparada con Semíramis.

Allí fué donde, después del paseo desenfrenado y triunfante por las torres y las galerías, depositó Quasimodo á Esmeralda. Mientras duró aquella carrera no pudo la joven recobrar sus sentidos; estaba medio aletargada, medio despierta; sentía vagamente que subía por el aire, que flotaba, que volaba, que algo la levantaba de la superficie de la tierra; de vez en cuando oía las sonoras carcajadas y la voz tonante de Quasimodo; entreabría los ojos, y entonces, debajo de ella, veía con vaguedad á París como un mosaico, rojo y azul, y encima de su cabeza el rostro horrible y alegre de Quasimodo. Entonces volvía á cerrar los ojos, creyendo que todo había acabado para ella, que la habían ahorcado durante su desmayo, y que el deforme

espíritu que había presidido á su destino se había apoderado de ella y se la llevaba. No se atrevía á mirarle y se dejaba conducir.

Pero cuando el campanero, rendido y jadeante, la depositó en la celda de refugio; cuando sintió que ásperas manos desataban con suavidad la cuerda que la desollaba los brazos, recibió Esmeralda la sacudida que despierta sobresaltada á los pasajeros de un buque que encalla en una noche oscura; sus pensamientos se despertaron también y volvieron uno á uno á su memoria. Conoció que estaba en Nuestra Señora; se acordó de que la arrancaron de las manos del verdugo, de que Febo vivía, de que Febo ya no la amaba, y estas dos ideas, una de las que derramaba tanta amargura sobre la otra, presentándose juntas á la infeliz gitana, la hicieron volverse á Quasimodo, que estaba de pié delante de ella y que la amedrentaba, y decirle:

—Por qué me habeis salvado?

El la miraba con ansiedad, como tratando de adivinar por qué lo decía; repitió ella la pregunta, y entonces él, mirándola con tristeza, desapareció.

Esmeralda se quedó atónita.

Algunos minutos después volvió Quasimodo trayendo un lio, que arrojó á los piés de la gitana, en el que había vestidos que dejaron para ella en los umbrales de la iglesia mujeres caritativas. Miróse ella entonces; se vió casi desnuda y se ruborizó; su cuerpo volvía á la vida.

Pareció que algo de aquel pudor se comunicaba á Quasimodo: cubrióse los ojos con su ancha mano y se alejó por segunda vez, pero con lentitud.

Vistióse con rapidez aquellas ropas, que se reducían á un hábito blanco y un velo del mismo color, traje de novicia del Hotel-Dieu.

Acabada apenas de vestirse vió volver á Quasimodo con una cesta debajo de un brazo y un colchon debajo del otro; había en la cesta una botella, pan y algunas provisiones. Dejó la cesta en el suelo y la dijo:—Comed.—Extendió el colchon sobre las losas y la dijo:—Dormid.—El campanero le traía su cama y su comida. La gitana levantó los ojos para darle las gracias, pero no pudo articular ni una palabra. El pobre diablo era verdaderamente horrible. Ella inclinó la cabeza, estremeciéndose con terror.

Entonces él dijo:

—Os causo miedo. Soy muy feo, ¿no es verdad? No me mireis, pero escuchadme. Durante el día permaneceréis aquí,